

Fecha Gloriosa

EN la mañana del 11 de Agosto de 1557, hallabase el Emperador Felipe II en su tienda de campaña, junto a la cual alzabanse los estandartes y banderas del ejército Alemán e Inglés y, encima de la puerta de entrada de la real tienda veíase el escudo de España y posesiones de la India, así como islas y dominios del Imperio Español.

En efecto el Emperador en persona (un Emperador auténticamente español), al romperse la tregua de Vancelles junto a la palabra del Rey de Francia, y ser invadidas las fronteras de Flandés por las tropas francesas, reunió un poderoso ejército, cuyo mando encomendó al leal Manuel Filiberto, Duque de Saboya.

Este Generalísimo sitió la fuerte plaza de San Quintín.

Y viendo que todos los ataques contra la citada fortaleza resultaron inútiles y, a costa de grandes pérdidas, decidió esperar a rendirla por asedio; pero ocurrió algo imprevisto que quizá fué el factor que decidió la gloriosa batalla a nuestro favor, y quedó impreso en la historia con recuerdo imperecedero.

Tal vez el Duque de Saboya, tenía noticias de lo que ocurrió en la ciudad; lo cierto es que estaba plenamente convencido que la situación de los franceses no era muy alagüeña ni muy dados a resistir.

En la madrugada del 10, inició el ejército sitiado la retirada por cerca de donde acampaba el ejército Inglés, mientras desde la ciudad el paisanaje distraía a los españoles por la parte opuesta, con un granado fuego.

Cundió la noticia de la huida y en vez de lanzarse en su persecución, con atuendo de tambores y trompetas, el General en jefe, esperó a que se hiciera de día para dar la batalla.

Mientras esperaba el amanecer, envió por ambos flancos del ejército francés, a los tercios inglés y alemán.

Dos horas de espera.

Dos horas en que los mariscales franceses, desearían, mientras contemplaban el cielo, que no llegasen nunca y los diera tiempo de internarse en el bosque, para ellos la salvación.

Y también dos horas de ansiosa espera, y de avanzar los tres cuerpos de ejército, hasta situarse lo más cerca posible del enemigo.

Y al fin el despertar del día, glorioso para las armas españolas; negro muy crudo (Los historiadores franceses tratan de ocultarlo lo mejor que pueden), para los franceses.

El nuevo día contempló a ambos adversarios, muy cerca uno de otro.

Realmente aquel momento no era decisivo en la historia, era sencillamente, una página gloriosa más en nuestra historia.

Los dos caudillos se dieron cuenta y ambos obraron por conseguir la victoria.

El francés, trató en un desesperado esfuerzo huir y al serle imposible presentó batalla.

Dura y reñida.

Aquellos infantes españoles, conocidos y temidos en todo el mundo, cubrieronse de gloria, dejando tendidos sobre el campo enemigo tres mil hombres, entre ellos, lo mejor de la nobleza francesa.

Y en los partes recidos el Duque de Saboya de sus generales (solo treinta bajas increíble pero cierto, y aun ésto entre ingleses, alemanes y españoles.

Por esta gloriosa victoria, el mismísimo, Emperador, del más grande imperio del mundo, sencillamente vestido de negro, colgó del cuello del Duque de Saboya el "Toisón de oro" y, quizás en aquel momento recordara un consejo de su padre:

"Tenga Vuestra Majestad, confianza en Dios, en el Duque de Saboya, y en la Infantería Española", cuando dejó la corona del Imperio en su hijo, para retirarse al monasterio de Yuste.